

existe, ó reposa moribundo ¹ en los altares. Un monje llamado Pedro el Ermitaño marcha en peregrinación al Santo Sepulcro cuando el dominio de los turcos había sucedido al dominio de los Califas en los santos lugares: el espectáculo de los peregrinos, vejados por aquellos bárbaros dominadores, llena de indignación al entusiasta Pedro; y surcando una lágrima ardiente su mejilla y bajando hasta el sepulcro del Salvador de los hombres, jura lavarle con la sangre de los tiranos que le huellan; su juramento es aceptado: vuela, trueno en medio de la Europa, y la Europa sacude el letargo que la oprime; á su voz se enciende la antorcha del entusiasmo y de la guerra, y la Europa cae desplomada sobre el Asia, que la devora en su seno.

Esta revolución, señores, marcó, por fortuna, el principio de nuestra felicidad, mostrándonos, en un horizonte obscuro y lejano todavía, al monstruo del feudalismo que muere, y al estandarte de la ilustración que se despliega. Las naciones de Europa, desconocidas poco antes á sí mismas, se estrechan con los lazos de un interés común: sus costumbres, rudas y salvajes, pierden su selvaticidad, su rudeza, en medio del Asia, afeminada, y en medio de su voluptuosidad y sus deleites. El esplendor de la corte del generoso Saladino introdujo en Europa un fausto desconocido hasta entonces, y los bárbaros que la oprimían empezaron á pensar en el lujo y las riquezas más bien que en la opresión y en su engrandecimiento. El espectáculo, en fin, de los pueblos comerciantes que visitaron en su carrera, les hizo aspirar al comercio que enriquece á las naciones. El efecto que esta revolución produjo en el gobierno interior de la Europa, no fué menos saludable para los pueblos oprimidos. Cuando sus señores se aprestaron á la conquista de Tierra Santa, tuvieron que asegurar muchas de sus tierras para remediar sus necesidades. Los reyes, aprovechándose de tan favorable coyuntura, extendieron por todas partes su poder,

¹ No moribundo, sino vivo.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

y los pueblos se vieron libres, con la protección del Trono, de su horrorosa tiranía.

Las Cruzadas no introdujeron en Europa la civilización, lanzando de su seno la barbarie; pero sí introdujeron el entusiasmo que hace germinar todas las virtudes y da su impulso á todos los talentos. El deseo de ilustrarse es un paso para la ilustración, y este deseo le había adquirido con el comercio de naciones ilustradas. El genio de la invención y de las luces no tardará en extenderse sobre Europa; la brújula la trazará un camino en la noche de los mares; el descubrimiento de las *Pandectas* y del Código de Justiniano la trazará una senda luminosa en medio del caos profundo de las leyes; la Universidad de Bolonia será establecida, y el estudio de la Jurisprudencia prestará más lustre que el ejercicio de las armas; la invención de la imprenta abrirá nuevos caminos á las luces para que puedan extenderse; la destrucción del imperio de Oriente hará refluir hacia el seno de la Italia las ciencias y las artes, que, arrancadas á su pesar de la Ciudad Eterna por la corriente devastadora á que nada pudo resistir, serán otra vez conducidas á su seno por la mano del destino, para seguir las huellas gloriosas de su carro triunfador ó sepultarse para siempre en sus ruinas.

Las constituciones políticas de las naciones de Europa marcharán al nivel de tan grandes descubrimientos: Carlos VII y Luis XI levantarán en Francia el estandarte de la Monarquía sobre los escombros del feudalismo. Enrique VII y Enrique VIII doblegarán en Inglaterra la orgullosa cerviz de aquellos varones codiciosos, y bajo las augustas banderas de Isabel y de Fernando levantará su esclarecida frente la vencedora España; y conducida por manos tan felices, será de un peso decisivo en la balanza de la Europa. Las guerras de Italia, y las pretensiones sobre ella de Francia, de España y del Imperio, estrecharán los lazos de estas naciones; y en el seno de unas guerras, que durarán largo tiempo, se formará ese equilibrio de la Europa, por el cual está asegurada la exis-

tencia política de cada una de las naciones que la constituyen, sucediendo la voz de la razón á la voz del entusiasmo, y el espíritu de comercio y transacciones diplomáticas al espíritu de destrucción y de conquista.

Así aparecerá la Europa en el siglo XVI, vestida con su gala y su esplendor en medio de su juventud y lozanía; pero aun á fines del siglo XIII y principio del XIV aparece un coloso, cuyas proporciones gigantescas se descubren en medio de la obscuridad de la barbarie, y se ostenta mayor que el siglo que le meció en su cuna y el siglo que le condujo al sepulcro. Parece que la naturaleza está ocupada desde la destrucción del Imperio romano en reunir los gérmenes que debían producir un genio inmortal que ni tuvo modelos, ni ha tenido imitadores. Homero fué inspirado por las grandes acciones de sus padres; la naturaleza, pura todavía, le abrió su seno virginal, y le enriqueció con sus tesoros; el idioma de la Grecia le halagó con sus encantos, y su religión le abandonó sus ilusiones. Dante está solo, apoyado de su genio en medio de la naturaleza; pero su genio es bastante para elevarle á las regiones de lo ideal y lo sublime ¹: él se remonta como la reina de las aves, desprecia la llama que no basta á su entusiasmo, y prefiere al brillo pasajero de las flores la eternidad de las rocas, y al encanto melodioso de los cisnes el bramido salvaje de los mares. Aprisionada su imaginación en medio de la naturaleza, rompe sus cadenas, se lanza en el seno de los mundos desconocidos y sin límites, y en medio de la eternidad de los siglos contempla silencioso la eternidad de los placeres y la eternidad de los tormentos. Siempre melancólico y sublime como la naturaleza y como el hombre, desprecia desde su altura la pequeñez del aparato y la elegancia: sus acentos son rudos y salvajes, su marcha rápida y concisa, su estilo grave y sentencioso; es sublime en la pintura del dolor en medio de la monotonía de su estilo. ¡Oh fuerza de la inspiración y del

¹ No había advertido entonces Donoso que con el Dante estaba, dándole sus tesoros, el genio de la sagrada Teología.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

genio! Tú sola pudiste conducir el pincel de Dante cuando grabó aquellas terribles y monótonas palabras en la mansión de los que gimen: ellas están grabadas en mi corazón, y atruenan de continuo mis oídos.

Así, señores, la naturaleza, que pareció adormecida tanto tiempo, sacudió de repente su letargo, y se ostentó más sublime, saliendo del seno de la barbarie, que lo fuera entre los griegos en el seno de la civilización. *La Divina Comedia* está marcada con el carácter que se formó la Europa en medio del feudalismo, y sellada con el sello de la grandeza y de la originalidad. El enamorado Petrarca no entonará tan elevados cantares: él no se reposará en las desnudas frentes de las rocas para excitarse al canto con el horror de la tempestad y el bramido de los vientos; pero, adormecido al blando susurro de una fuente querida de su corazón, sus ondas refrescarán sus laureles, y su trémula mano hará gemir las cuerdas temblantes de su lira con el amado nombre de su laura. El fué el primero que introdujo la dulzura de la amistad en el entusiasmo del amor, saboreando todas sus delicias: él fué el primero que hizo suceder al furor físico el éxtasis moral, que con tintas tan delicadas y suaves trasladó á sus producciones: su imaginación ardiente le arrebató alguna vez fuera del círculo trazado al amor por la mano de la naturaleza, lanzándole en el laberinto de una Metafísica ininteligible; pero perdonemos sus pequeños lunares al genio inmortal que fué el primero que conoció aquella correspondencia misteriosa de dos almas que se entienden y vuelan á confundirse en el seno de la eternidad, como se confunden sus suspiros, ó como se confunden los sonos que despiden dos arpas sacudidas. Sí, señores; Petrarca, á pesar de sus defectos, ha revelado á la Europa el secreto del amor, delicia y tormento de su alma, y que ni pintaron ni conocieron los antiguos.

Vosotros habéis visto á Dante inspirado solamente por su elevación y su grandeza, y á Petrarca por su amor y su melancolía. Ariosto no está subyugado ni por su carácter, ni por sus pasiones: él se presenta en medio de la naturaleza que le

adorna con todos sus matices: ninguna sensación se graba en él profundamente; pero todas, al deslizarse por su seno, graban en él la variedad de sus colores: siente con todos sus sentidos, y pinta con todos los pinceles: nada llama exclusivamente su atención, pero lo siente todo: los cuadros que presenta son como los fantasmas que se engrandecen á nuestra vista en medio de la dulce ilusión de un breve sueño; nos arrojamos á abrazarlos, y sus formas, retirándose de nosotros, se ocultan en un horizonte dudoso y transparente: nos acercamos más, la ilusión pasa, y ya no existe. Su *Orlando Furioso* no produce una sensación de dolor ó de placer determinada, pero sí aquella sensación de vaguedad siempre dulce y deleitosa que experimentamos cuando, embriagados todos los sentidos en un éxtasis profundo, contemplamos con arrobamiento un paisaje encantador, y, contentos de nosotros mismos, nos dejamos llevar de las ilusiones, que nos cercan como las ondas dulces y suaves de la fuente que susurra á nuestro lado; la suave armonía, la elegante facilidad, son las dotes de su estilo; las acciones caballerosas y galantes de su tiempo son el genio que le inspira; su pincel está empapado en las tintas del Oriente, y su imaginación engalanada con la riqueza del iris. Él es el más original de todos los escritores; y el más inimitable de todos los poetas; pero no subyugado por nada, todos dirían al ver su facilidad que él es superior aun á su mismo genio.

Yo aparto mi vista con dolor de este espectáculo para fijarla en el cuadro melancólico del poeta más grande como el más desgraciado de la Europa, ¡Cantor divino de la Jerusalén, gloria de Sorrento y de la Italia! ¿Qué musa te acompañó en tus gemidos y te inspiró en tus cantares? ¿Es acaso la musa risueña de la Grecia la que te embriagó con sus aromas y te ciñó con sus guirnaldas? ¿O es la musa melancólica de tu religión la que te muestra con su dedo la fuente de lo grande, y la que baña tu rostro con su llanto? ¡Llanto sublime que, humedeciendo las cuerdas de su lira, arranca de su corazón los grandes acentos que le llenan! Tasso no alcanza á la sublimidad de Dan-

te, pero tiene una grandeza más igual y sostenida; no es tan metafísico como Petrarca, pero su corazón es más sensible; él llora en el bosque encantado con Tancredo al oír los gemidos de su dama: llora también con Olindo y con Sofronia; y el que sabe pintar con el pincel de Homero la ferocidad de Argante, sabe también pintar en sus acentos pastoriles los interrumpidos sollozos de la sin ventura Herminia. La *Jerusalén* no presenta ni la variedad de matices, ni la frescura de colores que el *Orlando*; pero sí un todo más sencillo en su concepción, más sólido en su base y más regular en todas sus producciones. Sólo á ti, genio sublime, se ha concedido revestir con las formas elegantes de la civilización antigua un asunto marcado con el carácter de la moderna civilización. Si algún crítico se atreviere alguna vez á medir con su compás la extensión de tu talento, ¡sombra grande y desgraciada! reposa en el seno de tu esplendor y de tu gloria: su posteridad le juzgará indigno de ajar con su profana mano los laureles que te ciñen.

Tales son los cuatro colosos que se levantan en el renacimiento de las letras para servir de columnas al edificio de la moderna civilización; en vez de ser imitadores, han enseñado á la Europa que al templo de la fama sólo conduce el camino de la originalidad. Ellos la han enseñado que sólo siguiendo el principio que se formó en el seno de la barbarie por la revolución moral producida en nuestra facultad de sentir, pueden ser sus escritores originales y sublimes; pero sus sucesores no escucharon sus acentos, y el espíritu humano fué conducido entonces por una fuerza de retrogradación. Los filósofos fueron los primeros que dieron el impulso á la marcha de nuestro entendimiento; los poetas se resintieron de este impulso, que se manifestó después en todas sus producciones. De este modo, el espíritu humano, que cuando renacieron las letras se mostró constante en su marcha y uniforme en todos sus movimientos, presentó, cuando apenas brillaba la antorcha de la Filosofía, el desnivel absoluto de todas sus facultades.

En Inglaterra nace con Bacon, en el siglo XVI, la Filosofía

de las sensaciones: Locke la reduce á principios, y forma de ella un sistema que, tímido y modesto en sus escritos, pasa á los de Condillac para popularizarse y extenderse, y de éstos á los de Helvecio para desfigurarse y delirar. Este sistema es absurdo, porque todo en él es fijo cuando todo en el hombre es vago; es estéril porque, consistiendo sólo en hechos, los hechos sólo se prueban á sí mismos; es insuficiente para explicar la genealogía de todas nuestras ideas porque, siendo las sensaciones que analiza fijas y determinadas, no pueden explicarse por ellas las ideas, que tienen un carácter de indecisión y vaguedad; es contrario, en fin, al principio de reconcentración dentro de nosotros, porque, naciendo en él todo el origen de nuestros conocimientos de las impresiones recibidas por los cuerpos exteriores, nos lanza de nuestro *yo moral* á todo lo que nos rodea.

Desde el nacimiento de esta Filosofía todo es agitación, todo es disputa en el seno de la Europa. Hobbes, en el más consiguiente y monstruoso de todos los sistemas, será el primero que niegue la existencia de Dios citando de continuo la Escritura, y el único tan imprudente que se atreva á dar el nombre de impiedad á su creencia, mostrándose así digno maestro de Spinoza. Montaigne asentará con su indiferencia filosófica las bases del escepticismo que Bayle profesará más adelante.

Newton, el genio más grande que ha producido la naturaleza, se lanzará en medio de los mundos y descubrirá las leyes que los rigen en sus revoluciones. Mientras que los filósofos sensualistas sólo conciben al hombre como material y físico, Leibnitz espiritualizará el mundo llenándole de *monadas*; y mientras que la Filosofía empírica presenta al hombre rodeado de la materia, que por todas partes le comprime y le limita, el gran Pascal le considerará como un punto entre dos eternidades. Esta época, que es de oscilación y de lucha en el mundo filosófico, lo es también en el mundo literario. El siglo XVI no produjo entre nosotros sino bellos imitadores de la antigüe-

dad y de la Italia. El dulce Garcilaso engalanó la musa ibera con los gemidos de su lira; el divino León supo elevarse alguna vez á la sublimidad de Horacio con la sencillez encantadora de sus fáciles acentos, y el inmortal Herrera, elevando su vuelo sobre todos, imprimió en la lira castellana el carácter de su elevación y su grandeza. No seré yo el que con voz impía quiera manchar el lustre de tan grandes escritores; pero permítase gemir á un amante de su patria cuando la mira conducida sólo en alas de la imitación al templo de la gloria. ¿Y en qué siglo, señores? En el mismo en que Tasso había cantado los nombres de Bouillón y de Tancredo, y en el mismo en que Shakspeare hacía brillar el puñal de Melpómene en la escena de Inglaterra con un brillo que durará tanto como su nombre y como el tiempo; en vano buscaréis en ningún escritor un conocimiento tan profundo del corazón humano, ni una pintura de una verdad tan espantosa en los grandes caracteres; Shakspeare será la desesperación de todos los que se atrevan á imitarle. Pero España levantará su frente al fin, y se ostentará grande y sublime en medio de la Europa, que admirará sus producciones. Si en el siglo XVI ella se ciñe con las flores caducas nacidas en la Italia, en el siglo XVII se corona con las flores brillantes nacidas en su seno; si en aquél ha recorrido con lustre el campo de la imitación, en éste recorrerá con más lustre todavía el campo de la originalidad. Góngora, cuando no delira, se viste con toda la pompa oriental de la musa castellana; Lope traza un surco de luz en todo el dominio de las musas conducido por la extensión espantosa de su genio, y Calderón, en fin, se levanta como un gigante que todo lo ocupa con su nombre, y apoderándose de la escena española, la eleva con su robusta mano al nivel de la que expira en Inglaterra y la que va á nacer en Alemania. Así se presenta la musa española en el siglo XVII bañada de esplendor, de majestad y bizarría; el artificio no envilece sus facciones; ella es inculta y salvaje porque es inculta y salvaje la naturaleza.

Loor eterno al filósofo modesto y metafísico profundo que,

levantando su frente en medio de la superficialidad que le rodea, ha merecido bien de las musas castellanas, juzgándolas con la fuerza irresistible de su razón y la solidez que acompaña á su talento: el nombre del Sr. D. Agustín Durán estará grabado en el corazón de todos los buenos españoles, como lo está de un modo indecible en el de todos sus amigos, que se gozan con su saber y se honran con sus virtudes.

El siglo XVII, que fué en España el de la originalidad y la grandeza, fué en Francia el de la grandeza sin la originalidad; y es necesario que confesemos, señores, que si el laurel debido á los que imitan puede ser igual en algún caso al que merecen los que inventan, jamás ningún escritor fué tan digno de refrescar sus sienes con sus ramas como el que supo pintar con toda la fuerza de la verdad y los colores de la poesía el sublime gemido de la desgraciada Andrómaca, y el doloroso acento de Fedra criminal. Racine, imitando á Sófocles y á Eurípides, logró exceder á sus modelos; Molière excedió en la comedia clásica á todos los clásicos griegos y latinos; y La Fontaine, revistiendo el apólogo con las suaves tintas de su candor y su naturalidad, le presentó al mundo literario revestido al mismo tiempo con una delicadeza y elegancia desconocidas hasta entonces. Boileau, en fin, declarándose el órgano de la naturaleza y el sucesor del sabio de Estagira, dió á la Francia los preceptos del buen gusto, y llamó á todos los escritores y á todos sus escritos para ser juzgados en su inexorable tribunal. ¿Y cómo la nación, que ya llenaba la Europa con su nombre, no supo imprimir el carácter de sus costumbres y de sus necesidades en todas sus producciones? ¿Eran aquéllas tal vez las mismas que las de los griegos que imitaron? No, señores; la Francia tenía las mismas necesidades que el resto de la Europa, porque la Francia, como ella, había estado sumergida en la barbarie; pero habiéndose enriquecido con el estudio de la antigüedad los grandes escritores que en aquel siglo la ilustraron, antes que pudieran desenvolverse y declararse en su seno sus necesidades morales, se crearon unas ne-

cesidades facticias que trasladaron á sus escritos, y con ellos á su patria, que, recibiendo su impulso, marchó con su misma dirección.

Tal es el bosquejo del cuadro que presenta la Europa desde el renacimiento de las letras hasta la época que acabo de recorrer. Todas las verdades son en ella problemáticas; todos los errores se sostienen; todas las contradicciones germinan en su seno; y el espíritu humano, aunque se agita, parece que ha cesado de marchar. Pero esta lucha, esta oscilación, este movimiento, anuncian que el siglo de las revoluciones se acerca. Y levanta, en fin, su frente el siglo XVIII, y extendiéndose el eco de su voz por toda la duración de los tiempos, llama á juicio los siglos que pasaron para que oigan su sentencia los siglos que serán. ¿Qué circunstancias favorecieron á este siglo para juzgar á los siglos anteriores? ¿Y qué circunstancias le fueron contrarias para acertar en sus juicios? Voy á presentar unas y otras á vuestra consideración.

Un siglo sólo puede ser juez de los demás cuando reúne en un solo punto todas las fuerzas que el espíritu humano ha podido adquirir. Francia es este punto en el siglo XVIII. Las ciencias y las artes sólo progresan en el seno de la consideración y la abundancia; nunca los filósofos fueron tan considerados como en este siglo, y en ninguno como en él se premiaron los talentos. Es necesario el conocimiento de todas las opiniones anteriores para poderlas juzgar; todas ellas eran conocidas de los filósofos franceses. Se necesitan hombres que, reuniendo á la vez el conocimiento de las artes y el conocimiento de las ciencias, hayan adquirido aquella razón universal que, abrazando en toda su extensión el sistema de los conocimientos humanos, pueda, como desde una altura, pesar en su balanza todas las opiniones que agitan á los hombres, y todos los errores que abrigan en su seno. Jamás ninguna nación ni ningún siglo miró filósofos tan profundos ni tan célebres artistas. Si esto es bastante para el progreso de las luces, es necesario para que puedan extenderse que el pueblo en que se cultivan llame